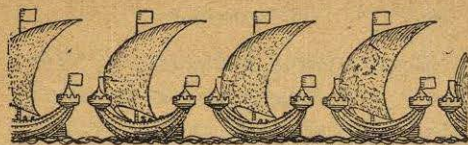


III

A DOÑA ADRIANA DE NIMES



III

EL REY

CASTEL-RENARD arde en fiestas. Desde que fué construído entre las islas y riberas del Durance, nadie vió desplegada en el campo magnificencia parecida á la que reina hoy en el castillo. La nave flotante de San Pedro ha encallado en la punta de este escollo; el soberano pontífice ha recobrado su autoridad libre y plena al encontrarse en sitio seguro. De Provenza y los estados franceses açuden grandes y pequeños, á caballo, en grandes masas para saludar su liberación, gritando:—¡Viva Benedicto Trece! ¡Viva y reine muchos años!

El valiente rey de Forcalquier, Nápoles, y Jerusalén¹ viene con su corte desplegando fastuosa pompa; la seda y el brocado, el damasco rojo, el armiño y el sinople brillan y se entremezclan entre la abigarrada masa del pueblo. El joven rey de Provenza, rodeado de su nobleza, quiere que le case el Papa:—El diablo me lleve si alguien os molesta ante mí— dice al Pontífice. —El papa Clemente VII (Dios le tenga en la gloria) me ungió rey cuando contaba siete años. . ¡Si pudiese alcanzar la misma gracia de vos!

Los españoles llegan con la princesa Violante en embajada desde Aragón, para presentarla á nuestro príncipe Luis II. Viste rico traje de seda verde y pasa doña Violante majestuosa, contestando con una sonrisa á los repetidos saludos de las gentes. El pueblo dice:

—Mirad la hermosa reina; sus ojos derriten la escarcha... El novio es muy gentil... pero ¡qué gracia tan perfecta tiene la reina! ¿Qué son las otras damas á su lado? Nada.

—Se dice que pasado mañana la llevará á San Trofimo² en Arlés, resplandeciente de diamantes...

—¡La tierra respirará de amor por la princesa de Aragón!

—Es preciso que se muevan las farándulas desde Tarascón á Niza.

—En cada rama deben llevar una guirnalda.

—Dicen que van á sembrar sueldos con el arado hasta que se llene el surco.

—Y si alguien busca querella á nuestro santo padre Benedicto, tendrá que habérselas con el rey Luis.

—Doña Violante es riquísima. Tiene nueve galeones en la boca del Ródano, cargados de oro desde la bodega hasta cubierta; están anclados al abrigo del mistral... Es la dote que trae la Reina.

—¡Que suban pronto, diablo, y desembarquen en puerto seguro!

—¡Nueve galeones! ¡Qué suerte! Ya podrá el Rey librar batallas.

—Y bajar los impuestos á los pobres provenzales.

—¡Al menos bajase el de la sal!

Mientras así comentaban los sucesos las gentes alegremente, Nerto, la gentil castellana va preocupada á buscar al Papa, y en la capilla le cuenta su historia.

—¡Yo os he salvado una vez—le dice;— es necesario que vos me salvéis á mí también! ¡Ya sabéis cuán desgraciada soy! ¡Mi tenebroso destino confío á vues-



¡Oh, Santo Padre, tengo confianza en vos!

tras manos! Algún día, tal vez mañana, vendrá el tentador á buscarme. ¡Oh, Santo Padre, tengo confianza en vos! Vos que tenéis al infierno como esclavo y poseéis las llaves del cielo ¡cubrid con vuestro manto á la pobre Nerto, en nombre de Dios! ¡Conjurad el espíritu impuro para que sea impotente contra mí!

El Papa queda largo rato ensimismado entre las nubes de su pensamiento; luego exclama:

—¡Dios mío, Dios mío! Os tomo por testigo de que si en mis manos estuviese haría desbordar las santas aguas para la salvación del alma pura y bella que tiembla á mis pies; pero pobre niña, entre mi imperio y el infierno no hay puente alguno; del purgatorio y sus llamas puedo yo, ayudándome con las santas indulgencias, librar algún alma que pena; pero cuando el Demonio traba á un alma con los nudos de sus lazos, nada la libra, á no ser un milagro del cielo... Roguemos pues á Dios, roguemos á María, recemos á San Pedro y á San Pablo para que preparen tu palma. Recemos á Miguel, el gran Arcángel, para que te rodee de ángeles... Para rezar con fruto es necesario entrar en un convento. Ma-

ñana hará la corte un viaje á Arlés. El Rey irá para casarse; nosotros iremos todos, si Dios quiere... Y tú, dejando las locuras y vanidades de este mundo, entrarás secretamente en la Abadía de San Cesáreo; es indispensable, hija mía, para que obtengas tu salvación.

En el mes de mayo las noches son cortas... Al siguiente día todo el mundo se levantó con el alba. Los palafrenes ensillados, embridados y cubiertos con vistosos lazos relinchan y golpean el suelo con los cascos. Las damas nobles montan con gallardía, envueltas en sus mantillas; sujetan sus rizos con cintas de seda. La nobleza compite en gracia y agilidad haciendo caracolear los caballos; el Papa y el Rey van á caballo también.

Mientras el brillante cortejo dispónese á emprender la marcha ante el pueblo que calla y admira tanto boato, el Astrólogo dice sus pronósticos, cubierta la cabeza con su sombrero cónico. El bufón del Rey provoca la risa de las gentes y el enano que es objeto de sus burlas hace una mueca simulando estar jorobado. Un esclavo, negro como un racimo

de moras, ríe enseñando sus encías salientes.

En las avenidas de olivos en flor, que se extienden al pie de un montículo, corren los jovenzuelos y los gentiles pajes y los bufones juegan con sus perros.

Todos parten alegres formando vistosa cabalgata, gozando del fresco de la mañana. Los clarines van delante tocando *La Bella Margoton*, los ruiseñores saludan á la alborada y las flores comienzan á abrirse, perfumando con sus aromas balsámicos la verde campiña. Las banderas y los estandartes flotan en el aire jugando con la brisa; la flor de lis tremola en los pliegues sedosos del campo azul, y los colores aragoneses, sangre y oro, ondean al sol al soplar el viento. «Durante», como familiarmente se llama, asciende rápidamente,³ y los rayos esparcidos de su cabellera deshecha evaporan el rocío que brilla como perlas en los rizos de las hermosas damas.

El Rey, doña Violante y el Papa hacen juntos el camino. El Rey dice:

—El mes entrante si sopla buen viento en el golfo, partiremos para Nápoles... Esta vez habrá gran matanza y el usurpador Lancelote puede ir animándose

para huir, si se atreve á hacer frente á mis huestes. Tengo en Marsella veinte galeras, siete bergantines bien equipados y cien faluchos prestos á partir. Esta flota llevará á bordo mis caballos blancos de Camarga con tres mil caballeros. La hora ha sonado; sería necio perder la herencia de los Condes-Reyes de la Provenza: ese país napolitano cuya corona conquistaron nuestros abuelos cien años há, ese *dolce paese* que rodea la eterna risa del mar bajo los besos de un sol de fuego... ¡No merecería ser sobrino del gran Carlos de Anjou si me contentara con ser reyezuelo de Arlés!

La hermosa princesa de Aragón, inclinándose hacia Luis II, le pregunta:

— Buen Señor ¿me llevaréis á vuestro lado?

— Reina, perdóneme vuestro gran corazón; os dejaremos para gobernar nuestra Provenza, tan maltrecha, tan pisoteada y tan herida, que necesita una mano dulce para acabar de curarse. Ese maldito vizconde de Turena, que tenía por grito de guerra *¡Gruñe!*, ha hecho mucho daño al país durante veinte años, destruyendo castillos, saqueando ciudades, entrando á saco los monasterios; pasando por nuestros pueblos á sangre

y fuego; robando y violando mujeres; poniendo los hombres á rescate; tratando al Rey como á un muñeco; trayendo á mi pueblo la desgracia; cortando los puentes, los olivos; quemando las iglesias y masías con rabia de lobo. Y luego para colmo de desdichas, mi madre viuda y yo un niño. El horror y la indignación levantaron por fin á nuestras milicias; de Tarascon á Forcalquier los campanarios tocaron á rebato. Al grito de la patria enlutada los labradores furiosos cogieron sus hoces... y como toro perseguido en la plaza, el orgulloso Turena, acorralado, espantado, se echó al Ródano, ahogándose.

Mientras habla el Rey, un gentil hombre que monta un caballo negro galleaba sonriéndose en torno de la pequeña Nerto.

— No esperaba veros tan pronto, caballero...

— ¡La mariposa va siempre al rosal! — dice él. — Al saber que Benedicto Trece salió de su castillo, Boucicaut volvió grupas alejándose del palacio pontifical y yo vengo á engrosar el cortejo de los jóvenes que se casan... El camino será muy corto y la dicha muy grande si durante estas fiestas tengo el honor de ser vuestro caballero.

—No hagáis como el almendro—responde la joven castellana, — que por florecer demasiado pronto se engaña. Mañana por la tarde ¡adiós juventud! seré monja del Gran Convento^o.

—¿Creéis acaso—replica Don Rodrigo, — que un monasterio os defenderá contra el Diablo? Satanás sabe trepar como un gato salvaje. ¿Qué le importará una muralla cuando puede introducirse cómodamente por el ojo de una cerradura y espiaros á su placer? El, si quiere, pobrecilla, entrará en vuestra celda y bajo la forma de mosquito zumbará sobre vuestro devocionario. No se inquieta por los cerrojos ni por el rezo continuo, pues puede en el aroma de una violeta que florece, en el sonido de una mandolina ó en un rayo de luz, penetrar hasta el coro de la iglesia y enturbiar la paz de vuestro corazón. Ya podéis rociarle con agua bendita; entrará como un murciélago y se esconderá entre las vigas. Cuando sigáis el hilo de un sueño que él mismo os haya tejido, os presentará la sombra, trayéndola de la ciudad ó del campo, de aquel que vos echéis de menos. Suspiraréis, os despertaréis recordando la visión maravillosa y alargaréis los blancos brazos para que no se

marche el fantasma...; pero la visión amorosa volará al cielo, hacia las estrellas.

—¡Callad!—exclama Nerto.—No sé lo que me pasa, pero cada vez que vuestra boca dice alguna cosa me siento turbada. Nunca me habló nadie así; parece un filtro rojo que me seduce, me deleita y que me atonta de súbito, ¿Véis como me turbo? ¡Si no supiese que sentís un grande afecto por Benedicto, nuestro Santo Padre, os creería amigo del Diablo!

Los príncipes, los barones y las nobles damas, corren por el camino de Arlés, unas veces al paso, otras al trote, cruzando huertas, pasando por los prados, corriendo gozosos entre los trigales. Las pequeñas urracas en sus nidos, que la madre construye en lo alto de las copas de los olmos, gritan al ver pasar por los bordes de los campos tanta gente vestida de plata y oro que reluce al sol..

—Nos falta Italia—dice el Rey.—Entraremos en ella bajo palio, pues los Pisanos, los Boloñeses, los de Siena y los Florentinos me han dicho que me esperan. Si nuestras armas vencen allá, si la sublevación de Calabria estalla á buena hora, pronto verán las vertientes del Vesubio levantarse mis tiendas y como me acuesto en el Castillo

del Iou... Una vez tengamos el toro derribado y las riendas del poder en nuestras manos, por el derecho de la espada y ley de señor, reuniremos un gran Concilio ecuménico en Roma que ponga todas las conciencias bajo vuestra obediencia, ° Padre Santo.

—Que Dios os ayude, noble hijo mio— dice el Papa,—y haga Dios que vuestras nobles esperanzas maduren. Con los derechos que sobre Aragón trae Doña Violante á Luis II, Provenza puede llegar por un azar al apogeo de su fortuna; á ser la cabeza de los países latinos. Las tres naciones más católicas de la república cristiana vienen á mezclar sus elementos en Provenza y vuestra región puede ser la articulación de las tres fuerzas concentradas más tarde ó más temprano. El emperador Constantino acariciaba este propósito cuando en lo mejor de sus conquistas estuvo á punto de establecer el imperio romano en Arlés.

Abreviando el camino de este modo, la plática era interrumpida de cuando en cuando por los labradores que bendecía el Santo Padre. A lo largo del camino se arrodillaban junto al arado los masoveros del contorno, los zagales,

los carreteros, las vendedoras de gallinas con sus asnos, los pellejeros que iban comprando pieles de carnero; todo el pueblo lleno de fe venía á prosternarse ante el Papa.

—¡Dios os aligere del pesado trabajo que os fatiga, pobres gentes!—decía el Papa levantando su mano sobre los pobres.—¡Colme Dios de gracia á los plebeyos, á los pastores, á vuestras granjas, á vuestros nietos y nietas, á la cosecha, á las espigas! ¡Caiga su bendición sobre el pan negro que coméis, sobre el ganado, sobre el aprisco! ¡Reine la paz en las almas! ¡es la mejor alegríal ¡Conviértase en perlas de luminoso brillo, el sudor que cae gota á gota durante el trabajo!

—¡Qué hermoso sol para que abran los narcisos!—dicen las damas.

El gran cortejo desparramado atraviesa, en medio de cantos y de risas, el inmenso y admirable llano del *Paiado*, que luce sus espigas al sol.

—¡Cacemos las alondras!—dice la marquesa de Ravoussets, que lleva el halcón sobre su brazo. El ave de rapiña vuela hasta perderse de vista en el espacio profundo: sobre la verde llanura cae pronto una lluvia de plumas y sangre. Veinte caballeros corren tras la bella

dama del halcón, y como si estuviesen en una era, aplastan locamente bajo los cascotes de sus alazanes, el trigo de un pobre labriego que lanza gritos y voces que llegan hasta la bóveda del cielo.

—¿Aún no os habéis divertido bastante? ¡Creo que ya es hora de que os convirtáis!—decía Nerto á don Rodrigo.—A mi entender no hay nada tan bello como una juventud en flor, que se ofrece á Dios, un pecador que suspira golpeándose el pecho, un alma que sube al Eterno como una llama. No olvidemos que nos espera la tumba, que las buenas y malas obras están escritas en un libro y nos escoltan cuando nos vamos. No olvidemos que nuestra vida es menos que una luz; que nuestros días van á precipitarse como un río sin resaca en la terrible eternidad; tengamos presente que solo estamos aquí como prueba; que la felicidad solo se encuentra allá arriba y que la ganaremos ó perderemos según obremos bien ó mal... Pensad en ello, don Rodrigo; la uva verde desagrada á los dientes, y los placeres de este mundo vano no dejan más que polvo cuando se desvanecen.

Nerto parecía una iluminada... La ma-

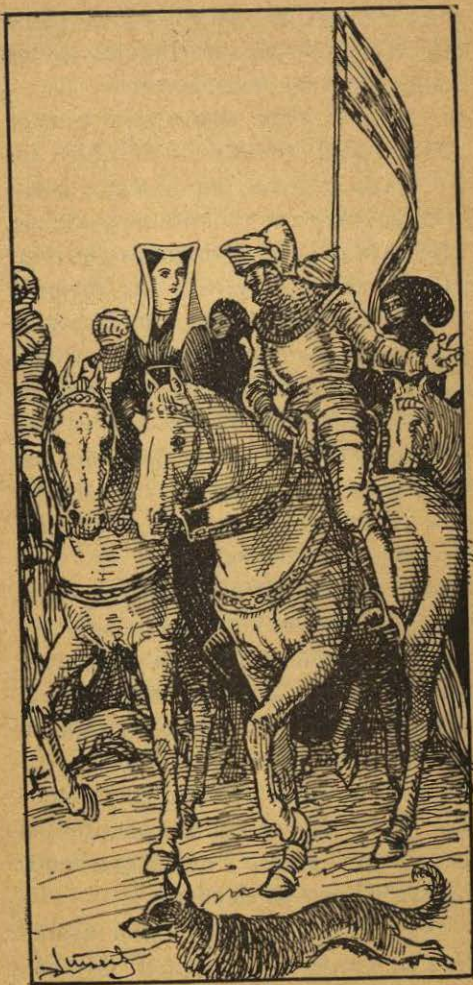
ñana límpida se evaporaba en pleno día; el sol doraba los ángulos de los monumentos de Montemayor.

—¡Salve, noble abadía!—exclama el Santo Padre Benedicto,—de quien fui jefe y abad y donde regí la legión benedictina⁷, tierra de promisión por donde resbala la miell ¡Oh, Montemayor! ¡Oh, paraíso donde he vivido mis mejores días! ¡Cuánto recuerdo tu silencio y el perfume de tus rosas; la dichosa calma de tus celdas tranquilas! ¡Veo la sombra de Dios que se proyecta hoy en tus salas inmensas, en presencia de mis tribulaciones, en el crepúsculo de mis glorias! ¡Cuánto pesan en mi vejez mis ambiciosos sueños de fraile!

La llama del sol resplandecía sobre las aguas del Grand Clar á lo lejos⁸.

Rodrigo, hombre atrevido y animoso, acostumbrado á ver fundirse el hielo y la nieve al fuego de sus ojos, á ganar fortalezas por asalto ó por sorpresa, en presencia de aquel hermoso lirio candoroso y confiado, sentía el poder de un sentimiento vigoroso y nuevo que venía á atizar el fuego de su pasión.

—Nerto, ¡habláis como una santa! Pero el canto del ruisenor os contestará que en el mes de mayo la felici-



Nerto, habláis como una santa...

dad está en el azur, que la dicha es estar libre sobre la rama y dar salida á la franca alegría... Cuando se ha vivido cinco años aislado entre los muros de un castillo, entristecido por el olor á humedad, ¡qué bien se está fuera! Mirad á nuestro alrededor: los pastores guardan sus ovejas ante sus gentiles pastoras y danzan; labrando sus surcos silba el campesino alegremente; las escardadoras charlan y ríen entre los verdes trigos dando agudos chillidos; los tragneros van por las sendas haciendo resonar los cascabeles de sus mulos; los segadores en los prados floridos, los pescadores á las orillas de los ríos, los jóvenes en sus masías, los cazadores en las landas, todos van y vienen y se agitan hirviéndoles la sangre... Escuchad ese murmullo inmenso que sube sin cesar saliendo de los cañaverales y prados; las olas murmuran en el río; los peces se escurren en la corriente; todo está lleno de vida; la savia corre con vigor bajo la corteza de las ramas; cada flor tiene su gota de miel; nada quiere morir; todo germina, todo brota, todo se anima, todo se mueve, y la luz del sol inunda este cuadro de vida... El Rey y su noble prometida, que el sol no eclipsa,

parecen conducir complacidos el triunfo inmenso del amor. Y nosotros, Nerto, ¡también tomamos parte en la fiestal! El perfume de la retama, de la acacia bastarda y el pimpollo agradan al olfato. ¿Queréis acaso que refrene los ímpetus de todo mi ser? Nerto, ¿queréis que ahogue en el calabozo de mi pecho los besos que brotan en mis labios? Nerto ¿queréis que arranque las uvas que crecen en esa cepa? ¡No; la bebida bermeja provoca en mí el deseo! ¡Viva el ardor impetuoso de la juventud inquieta! ¡Nerto, abandonad vuestros temores; el tiempo es bueno; el mar está bello!... Embarcaos con el amigo que os llama; nos dejaremos llevar á merced de las olas que ríen en la inmensidad luminosa; hablaremos de lo que une, cogemos lo que encanta antes de que la sombra y el olvido echen sobre nosotros el sudario...

—Mirad las calandrias— responde Nerto,—mirad como se elevan en el cielo. ¡Ah, si pudiésemos ser pájaros! ¡Rodrigo, mirad las golondrinas! Nos han rozado con sus alas ligeras... Traen la felicidad ¿no es eso? Su grito dice: Jesucristo 9.

Apenas había la dama pronunciado

estas palabras, cuando se vió á lo lejos venir una multitud á caballo. Eran los cónsules de Arlés con el Senado arlesiano, con todo el pueblo. Empleados, burgueses, nobles y plebeyos venían al encuentro del Rey y del Papa.

—Por la ley que nos legaron nuestros abuelos— dicen al Rey los arlesianos, —somos hombres libres y la ciudad no reconoce otra realeza que la del León. Señor podéis entrar como rey, sin temer nada, si solo os trae á Arles la cortesía. ¿Véis derecha sobre la ribera, á lo lejos, aquella columna rodeada de álamos? Es el Bastón de San Trofim...¹⁰ Nunca pasó á su sombra rey alguno desde tiempo inmemorial sin la promesa de respetar nuestras libertades y nuestros fueros.

El Rey ataja:—¡Que Dios os los aumente! Es para nos grato reconocer á vuestra gran comunidad todos sus antiguos privilegios, todas sus libertades y prerrogativas; tenemos por sacrilego, por criminal y por maldito á aquel que ataque á su integridad.

Súbitamente retronaron los vivos de salutación. ¡Viva el León! ¡Viva el Rey de los Provenzales! ¡Viva el padre uni-

versal! ¡Viva la incomparable reina del mes de mayo, Doña Violante!

Luego el magnífico cortejo,—al son desgarrador de los clarines y al redoblar de los tambores; entre nubes de polvo blanco, bajo el sol que hace brillar las sedas, los sombreros y caperuzas de las damas; espoleando los caballos y llevando enhiesta la espada los guerreros; entró en Arlés entre grandes aclamaciones.

IV

A LA SEÑORA
DE ALFONSO DAUDET